

Notas de Oficio

Contra la desestabilización, el caos

El "mundo occidental y cristiano" que invocan los golpistas argentinos después de su proeza (Dios se ha convertido en miembro honorario de todas las juntas castrenses de derecha) no deja de tener aspectos extraordinariamente respetables; el principal, sin lugar a dudas, es el siguiente: de esa cultura surgió nada menos que el marxismo, que es su producto más elevado y, al mismo tiempo, el que niega la parte negra de aquélla, la que es socialmente repudiada en todo el mundo, es decir la que determina la división en clases y la explotación del hombre por el hombre. Lo más respetable del "mundo occidental y cristiano", pues, es que con el proletariado haya engendrado a su sepulturero y con el marxismo —fruto del desarrollo de su pensamiento milenarista— haya firmado su sentencia de muerte. Videla y su banda, en cuanto pueden expresarse ideológicamente, miran hacia un pasado remoto que no volverá jamás, y renuncian incluso al pasado reciente, el del peronismo, que no volverá tampoco porque fue siendo liquidado como alternativa por el ascenso del proletariado argentino. Este proletariado utilizó al peronismo del exilio para preservar su cohesión, madurar como clase, fortalecer sus organizaciones y hacer frente a los sucesores —militares y civiles— del Perón nacionalista revolucionario derrocado; más tarde lo puso en crisis en su variante izquierdista pequeñoburguesa —Cámpora— y finalmente rompió con él, en forma parcial durante la etapa del retorno mesiánico de un caudillo bonapartista que ya había cambiado su signo, y en forma definitiva en la etapa de la completa descomposición, la de La Libertadora, con la huelga general de julio, que acabó con la legitimidad de la presidente consorte.

Quienes no ven en la política más que un refinado juego de ajedrez entre los poderosos, con abstracción de la lucha de clases y de los dos grandes polos que empujan el destino de la humanidad entera —y, por tanto, "presumiblemente", también de México—, tienen que perderse por fuerza en un laberinto de hipótesis, interpretaciones y augurios. El marxismo, que es la culminación, en el plano del pensamiento, de la cultura del "mundo occidental y cristiano" por el que suspiran Videla y sus secuaces (y que en el Medioevo pasó también por la astrología y la alquimia resucitadas no hace mucho por el inolvidable López Rega), permite entender los fenómenos más allá de sus apariencias —catastróficas e esperanzadoras— y ver cómo, si bien el juego de ajedrez existe y es importante seguir uno a uno los movimientos de los jugadores, las masas mueven incesantemente el tablero (un tablero pesado, es cierto, porque es mundial).

Las fuerzas del golpe fascistoide en Argentina no son puramente nacionales, ni lo será, por consecuencia, el curso posterior de los acontecimientos. Argentina influye en el mundo —como lo hizo con su portentosa huelga general— y el mundo influye en Argentina. Su proletariado no ha conseguido aún expresarse políticamente por sí mismo, con su propio partido; lo ha hecho sólo a través de direcciones pequeñoburguesas o de la burocracia sindical. Estas direcciones, al igual que la burguesía, obligada a calarse la gorra castren-

se, han mostrado su quiebra precisamente con el golpe militar, un golpe que quiso evitarse por los caminos más tortuosos e irreales. Basta ver el programa de los golpistas para comprender que en él no hay más que utopía y amenaza, mentira y violencia. ¿Y la economía? ¿Y la vida social? Los militares pueden tomar el poder —lo han hecho mil veces—, pero no pueden organizar la economía, la vida, ni por la izquierda ni por la derecha (pruebas: Portugal de un lado, Chile del otro). ¿Entonces?

Los sucesos de Argentina son una expresión concreta, nacional, de la gran polémica universal: revolución o fascismo. El pensamiento proletario se abre paso, avanza, muestra el mañana; el pensamiento burgués, con todas sus fuerzas materiales, retrocede, se descompone, se hunde, busca fantasiosos puntos de apoyo en el pasado. Es simplista —y, en el extremo, capitulador— creer que el imperialismo se ha engullido bonitamente una nación latinoamericana más. Nuestro subcontinente, como todo el mundo capitalista, está en permanente estado de ebullición social, que busca traducirse en formas políticas, en dirección proletaria, y los golpes y contragolpes, los progresos y los fracasos, tienen todos un denominador común: su transitoriedad, su dificultad para estabilizarse. El imperialismo no se conformará nunca, porque no está en su lógica interna, con extender su dominio solamente sobre América Latina: necesita restablecerlo en todo el mundo. Por eso se prepara angustiadamente para la guerra y la pone en perspectiva (que consiga hacerla estallar o no, es otra cosa); rompe la "distensión", es aplastado en Vietnam y Angola, amenaza a Cuba hasta con la invasión, pierde terreno en Brasil, enfrenta la ideología "tercermundista", no apuesta nada por su victoria en lo que queda de África, etcétera; en suma, la locura y el descorazonamiento lo han hecho su presa. La desestabilización del sistema capitalista se manifiesta en cada una de las naciones de su órbita, con mayor o menor agudeza, pero en todas. El imperialismo intenta responder con un proyecto de restructuración mundial de la economía, pero ese proyecto se despliega sobre un terreno extraordinariamente movedizo que le niega tiempo y medios de cimentación. Mientras, la realidad objetiva reclama sus fueros, y el imperialismo tiene que salir al paso de la desestabilización nacional con el caos fascista.

Ni en Uruguay, ni en Chile, ni en Argentina (en general, en ninguno de los países en que las botas fascistas resuenan en los palacios de gobierno) está dicha la última palabra: ésta la tiene la revolución, con el proletariado a la cabeza. No hay un "reparto" estable del mundo, como pretenden los ideólogos de las "dos superpotencias", de los "dos imperialismos": lo demuestra Vietnam y lo grita Angola. Lo que hay es un mundo que cambia acelerada y contradictoriamente, pero con un solo rumbo: el socialismo. El análisis sobre Argentina no puede separarse del análisis de lo que sucede en toda América Latina, en África, en Asia, en Europa, en la misma capital del imperio, o entonces no entendemos nada. Y es preciso entender, porque el señor Jova nos está diciendo, con la tradicional amabilidad de la diplomacia imperialista, que México está en el mundo.